

Brasil: El partido revolucionario imaginario

Por: Valerio Arcary. 01/07/2025

“No hay nadie que no se equivoque.”

Proverbio popular portugués

1. La izquierda socialista brasileña nunca ha estado tan fragmentada como hoy. Hay más de veinte organizaciones de izquierda en Brasil, en diferentes etapas de construcción e influencia. Tal vez la mitad con al menos cientos de militantes, algún alcance nacional, influencia sindical y o estudiantil, implantación popular, capacidad de iniciativa política, presencia en el debate teórico-programático, audiencia en las redes sociales, presencia en la legalidad, representación parlamentaria y prensa regular y otras menores, que se reivindican marxistas-revolucionarias. Dentro del PT hay tres corrientes internas de larga duración: la Democracia Socialista, Trabajo y la Articulación de Izquierda. Pero, además de ellas, hay otras corrientes que reclaman alguna identidad con el marxismo y, incluso dentro de la CNB (la corriente mayoritaria del PT), hay quienes se declaran comunistas. En el interior del PSol hay más de diez corrientes internas que se autodeclaran, orgullosamente, socialistas: Revolución Solidaria, Primavera, Resistencia, Insurgencia, Subverta, MES, Fortalecer, Rebelión Ecosocialista, Chispas, APS, entre otras. Hay al menos cuatro partidos comunistas con grados de influencia muy diferenciados. PCdB, PCB, PCR y PCBR, además de otros pequeños círculos. Pero, más grande que la mayoría de estas corrientes, tenemos el Movimiento Brasil Popular que surgió de la división de Consulta Popular, impulsada originalmente por el MST. Y todavía tenemos el PSTU y, a su manera esdrújula, Causa Obrera. La dispersión es abrumadora. Muchos activistas honestos se preguntan qué puede explicar esta catástrofe. Algo tan complejo tiene muchas causas. Pero una de las razones es que sigue presente la idea de que existiría un núcleo que sería el embrión del partido de la revolución brasileña. Pero este “partido revolucionario” imaginario es solo una ilusión. ¿Quiénes son los “más revolucionarios”? ¿Cómo explicar esta anomalía?

2. Históricamente, ha habido dos grandes campos en la izquierda, los moderados y los radicales. Pero el movimiento socialista internacional, a lo largo de los últimos ciento cincuenta años, no se ha dividido solo en reformistas y revolucionarios. Estos fueron los dos campos programáticos decisivos en el marxismo, pero, así como los

que se reivindicaban gradualistas atraparon en su órbita, a la izquierda, un espectro, el centrismo, las corrientes identificadas como revolucionarias tuvieron que despegarse de sus sombras ultraizquierdistas. Es decir, las divisiones en la izquierda no son simples y, yendo más allá de las dos grandes estrategias, un programa de regulación del capitalismo mediante reformas que garanticen la expansión de los derechos para los trabajadores, y una apuesta por la ruptura política que permita la conquista del poder apoyada en una mayoría social, siempre ha habido otros dos campos. Uno a la izquierda de las posiciones más oportunistas, y otro en el voluntarismo extremista. Los centristas abrazaron, a grandes rasgos, la defensa de una transición al socialismo a través de la radicalización de un proceso de reformas, por temor a la insurrección y a la probable guerra civil. La ultraizquierda se adhirió a la perspectiva de la inminencia de la revolución por la razón inversa, el temor a la adaptación a las rutinas sindicales-electorales de aparatos que desarrollan intereses propios.

3. Por lo tanto, encontramos cuatro campos en la historia de la izquierda mundial. Una respuesta de la principal división de la izquierda se puede encontrar en factores objetivos. La capacidad del sistema -en ciertas condiciones históricas económicas y determinadas coyunturas políticas, como en Europa y Estados Unidos a finales del siglo XIX, o en los países de la Tríada en los treinta años posteriores a 1945-, de absorber reivindicaciones parciales, si se ve amenazado por el peligro de extensión de revoluciones. Hay reformistas porque las reformas fueron posibles. En Brasil, la fuerza resiliente del lulismo descansa en la experiencia de las reformas conquistadas en cuatro mandatos entre 2003/16. Tampoco se puede ignorar la presión de las clases propietarias que fomentan los liderazgos moderados, que no han dejado de ser promovidos. Por otro lado, el movimiento socialista fue, desde su fundación, internacional, y sus avances y retrocesos fueron inseparables de los enfrentamientos entre revolución y contrarrevolución a escala mundial. La existencia de Estados que se reivindicaban del proyecto socialista, en sociedades en las que los procesos revolucionarios llevaron a la expropiación del capital, pero que permanecieron aislados, ejerció una poderosa autoridad sobre la izquierda mundial durante décadas: el “nacionalismo de la URSS”, es decir, el campismo socialista o estalinismo fue una de las ideologías más influyentes en el siglo XX. La defensa de los intereses de estos Estados – y de los aparatos burocráticos que se apropiaron de su control – sacrificando los ideales del internacionalismo, produjo importantes divisiones en el proletariado, y una desmoralización devastadora durante la restauración capitalista. Además de las diferencias ideológicas, la estratificación

social del mundo laboral se fue volviendo más compleja. No hay forma de ignorar que el proletariado contemporáneo se ha diversificado hasta tal punto, que su representación por un solo partido, hace tiempo que dejó de ser, políticamente, posible en la mayoría de las sociedades urbanizadas. A pesar de esta diversidad social, es insuficiente atribuir sólo a la heterogeneidad social la dispersión de la izquierda. Los análisis sociológicos deben ser contextualizados históricamente. Hay una historia compleja de disputas de visiones de lo que serían las posibilidades y límites del capitalismo, y que se refiere a los giros de los procesos revolucionarios del siglo XX. Las victorias revolucionarias encendieron esperanzas militantes, impulsaron la renovación teórica y promovieron unificaciones políticas. Y las derrotas alimentaron los nomadismos eclécticos de los partidos, la dispersión teórica del marxismo y, finalmente, las diásporas sociales en la intelectualidad. Pero a la izquierda del campo reformista, que en Brasil se organiza, esencialmente, dentro del PT por su corriente mayoritaria, la CNB, hay decenas de “micropartidos” revolucionarios. ¿Por qué?

4. Si no son factores objetivos los que explican la división, debemos buscar causas subjetivas. Una de las razones clave de la situación de una izquierda fracturada, destrozada y dispersa es el sectarismo. El sectarismo es muy descuidado. Una percepción superficial del tema puede llevar a la asociación indiferenciada de ultraizquierdismo y sectarismo. Esta primera percepción no es en absoluto incorrecta, pero es insatisfactoria. Es razonable afirmar que las organizaciones ultimatistas fueron predominantemente doctrinales en teoría, y tuvieron un marco ideológico de referencias muy cerrado y reflejos defensivos extremos. Sin embargo, aunque muy asociados, los grupos ultraizquierdistas no siempre fueron más sectarios que otras corrientes en el movimiento socialista, ni los sectarios fueron todos ultras. No es raro que algunas corrientes reformistas sean muy flexibles con las organizaciones con posiciones aún más moderadas, pero furiosamente sectarias con las que están a su izquierda. El ultraizquierdismo puede definirse como una doctrina, si consideramos que el anarquismo precedió, en el siglo XIX, a gran parte de lo que sería el repertorio del ultraizquierdismo del siglo XX. El sectarismo es otra conducta política que eligió como prioridad la defensa de los intereses de grupo. El sectarismo político debe entenderse como aparatismo, un conjunto de procedimientos de autoafirmación. Las tendencias sectarias tienen muchas dificultades para llevar a cabo el frente único, incluso cuando los acuerdos son posibles para campañas conjuntas, porque identifican a los aliados potenciales, especialmente a los más cercanos, como enemigos. La autoconstrucción y, peor

aún, la autoproclamación es el síntoma más recurrente del sectarismo.

5. Otra dimensión del problema es la existencia de sectas. No todas las corrientes sectarias son sectas políticas. Las sectas son organizaciones hipercentralizadas e incorregibles, es decir, incapaces de reaccionar a las presiones sociales y políticas de los medios en los que han decidido actuar. Los anarquistas de los “Amigos de Durruti” en Cataluña en los años 1936/37 de la revolución española, por ejemplo, eran ultraizquierdistas. Defendieron, aún bajo la monarquía, la legitimidad de acciones armadas de represalia como los ataques con bombas contra edificios públicos y los atentados punitivos contra autoridades odiadas. Heredaron la fascinación de los fenianos irlandeses, de los eseristas rusos (los militantes del Partido Socialista Revolucionario), y de una parte del anarquismo por las tácticas terroristas. Sin embargo, sería superficial o incluso injusto considerarlos una secta. Ni siquiera tuvieron tiempo de ser políticamente tan homogéneos como para constituir una organización centralizada. A pesar del gran liderazgo de Durruti, eran sensibles a las presiones políticas externas y mantenían relaciones fraternales con los trotskistas. Su iniciativa política tuvo un impacto en la realidad. No eran ni política ni socialmente, marginales. Fueron capaces de organizar los sectores de masas más combativos del proletariado en Barcelona en la lucha contra el capitalismo y el fascismo. Se ganaron la admiración de la izquierda mundial por su heroísmo en las trincheras de la Guerra Civil en Aragón, y estuvieron entre los mártires de la defensa de Madrid. Actuaron en frente único político con diferentes corrientes de la izquierda – como el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) y las jóvenes del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) – en distintas coyunturas, e hicieron frente único militar con todas las fuerzas republicanas contra el fascismo. la definición de una organización como una secta requiere considerar otros factores más allá de la línea política: su presencia social, su régimen interno y, sobre todo, su capacidad para reflexionar sobre su propia historia. Las sectas son inmunes a las presiones externas. Las sectas socialistas se redujeron a grupos marginales. Pero la marginalidad no es solo una cuestión de tamaño, aunque la mayoría de las sectas han sido liliputianas, es decir, invisibles. La marginalidad político-social se convierte en una trampa laberíntica. Lo que define una secta no es su tamaño, sino su marginalidad crónica, su impermeabilidad a la presión social y política, y un régimen interno deformado burocráticamente y, con el tiempo, una dirección que cultiva la propia clarividencia mesiánica, políticamente, estéril.

[Valerio Arcary](#)

Profesor titular jubilado del IFSP. Doctor en Historia por la USP. Militante trotskista desde la Revolución de los Claveles. Autor de varios libros, entre ellos Nadie dijo que sería fácil (2022), por la editorial Boitempo.

[LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ](#)

Fotografía: Sin permiso

Fecha de creación

2025/07/01